

---

## CAPITULO LXXVII.

---

ITALIA, EL ORIENTE, AUSTRIA, RUSIA, INGLATERRA,  
SUIZA, PRUSIA Y FRANCIA DURANTE EL VERANO Y EL OTOÑO DEL AÑO 1868.

Fué esta época decisiva en la historia del movimiento republicano. Los hechos se combinaban de suerte que debían traer por necesidad ineludible la victoria de nuevos principios, puesto que vacilaban y caían los representantes y personificadores de los antiguos. Sobre todo, el Papa mostraba cada vez más una ceguera incurable para ver con claridad la difusión de las ideas modernas por el mundo, empeñándose en vencer á lo invencible.

No hay ciudad que explique la relación de las instituciones con las creencias como la Ciudad Eterna. La política general ha tomado en los últimos tiempos, como en los últimos tiempos de Bizancio, carácter religioso. Un partido potentísimo, que se apoya en las dos fuerzas de la sociedad antigua, en el clero y en la aristocracia, quiere á toda costa restaurar la Monarquía y la Iglesia en el estado de esplendor alcanzado por ambas instituciones antes de la revolución. Para esto no perdona medio de agitar las conciencias. Así en el fondo de toda cuestión política se encuentra una cuestión religiosa. La indepen-

dencia de Méjico fué vulnerada, y la república en toda América herida por los católicos que deseaban impedir el triunfo del principio sagrado que es la base del mundo moderno, el principio de libertad de conciencia. La última victoria de Napoleón fué la victoria de Mentana pedida á gritos por los católicos de toda Europa, que deseaban impedir la coronación de la unidad italiana en el Capitolio. La última defensa de la reacción es una victoria religiosa. El problema de la familia civil y de la enseñanza independiente que Austria plantea con tanto valor y resuelve con tanta dificultad, es un problema religioso. La reacción española se ceba principalmente en la Universidad, porque la reacción española es principalmente religiosa, y la Universidad la única institución que se mantenía independiente de la tutela eclesiástica. Esa tempestad que se forma en Oriente, esa horrible tempestad que descargará sobre Bizancio; reproduciéndose en algo catástrofes como la de Jerusalén en el siglo primero y la de Roma en el siglo quinto, es una tempestad formada



por las corrientes eléctricas que hay en las ideas religiosas de dos pueblos, los eslavos y los griegos, cuya política toma hoy la solemnidad de un Apocalipsis. Pero ¿qué más? La raza sajona, raza esencialmente práctica, raza que ha traído al mundo moderno las ideas políticas y las ideas económicas de que el mundo moderno se gloria, ha sentido que la tierra estallaba bajo sus plantas, ha visto penetrar en el seno de sus ordenadas leyes nubes de conspiradores movidos de una audacia incomprendible; y cuando ha querido examinar el origen de esta perturbación, ha encontrado como un reguero de pólvora bajo las piedras ciclópeas de sus instituciones, una cuestión religiosa.

Y no hay ciudad en el mundo para aprender toda la trascendencia que los problemas religiosos tienen, no la hay como la ciudad de Roma, que parecealzada para tan alto fin social en el centro de Europa, sobre las aras destrozadas de todas las antiguas religiones y sobre las espaldas de todos los antiguos dioses. Italia amó en estos últimos tiempos su independencia y su unidad con el amor infinito que ponen los pueblos meridionales en el cumplimiento de todos sus deseos, en la realización de todas sus ideas. Italia estaba dividida bajo el sable de varios procónsules austriacos, y se levantó una por la fuerza de su pensamiento y por el amor á su independencia. Italia estaba abandonada, casi olvidada del mundo; y se adquirió poderosos valedores por la habilidad de su política y por el prestigio sobrenatural ejercido en todos los ánimos en virtud de sus gloriosos recuerdos. Italia tenía el cuadrilátero, como una bala puesta á sus pies para que nunca se moviera, é Italia se ha arrancado el cuadrilátero, la fortaleza más formidable del mundo.

Ahora bien; ¿cómo es que Italia, á pesar de la viveza de sus deseos, y á pesar del indómito valor de Garibaldi, se había entonces detenido ante Roma? No lo atribuyamos á causas segundas; á falta de prudencia en Ga-

ribaldi, á falta de habilidad en Rattazzi, á sobra de celos por la alianza del prusiano con Napoleon. Atribuyamos este fenómeno más bien al prestigio inmenso que, á despecho de tres siglos de filosofía y un siglo de revolución, ejerce aún sobre la conciencia humana la autoridad del Pontífice. Nada ménos político que el empeño de ocultarnos los obstáculos de nuestra política. Nada ménos lógico que la ceguera voluntaria para mirar las sombras extendidas sobre nuestras ideas por las ideas opuestas. Para conocer bien los grandes fenómenos políticos, precisa estudiarlos, si es preciso, en el sitio mismo donde sucedan. Y la medicina social necesita de la clínica.

En cuanto llegais á Civitta-Vechia, por poco atento que os mostreis á lo que sucede en vuestro alrededor, ós asaltan miles de enseñanzas que guardais para establecer vuestras observaciones como el zoólogo los varios ejemplares que le enseñan á definir un orden de seres en la escala orgánica de la vida animal. Desde lejos, las montañas cortadas escultóricamente; el cielo resplandeciente de hermosura y de incomparable nitidez; el mar azul que refleja los rayos del sol, como ciñendo á sus claras aguas una gasa de éther, ó como presentando en el planeta una nueva vía láctea, pues no parece sino que las ondas chispean estrellas; las poblaciones, tendidas sobre las lejanas cordilleras como vetas de cristal de roca sobre gigantescas turquesas; la inmensa cadena de castillos que se dilata por las costas y que parece una greca de almenas puesta para defender esta tierra de tantos conquistadores como han venido á violarla despues que ella conquistara al mundo; los aromas que os envían las tibias auras desde los vecinos campos; todo os anuncia que llegais á la tierra del arte, que llegais á Italia. Y cuando pensais que de estas tierras son las partículas del hierro de vuestra sangre y los átomos de vuestros huesos; que de esa tierra heredásteis las bases del derecho y las palabras capitales de la lengua; que ahí se

amasó, con sudor de todas las razas, la unidad material del género humano por el Imperio, y ahí se fundó con ideas de todas las filosofías la unidad religiosa del mundo moderno por el catolicismo, y ahí se despertaron todas las artes por la evocación de incomparables géneos para formar la corona de inspiraciones y de resplandores ceñida á las edades modernas, un sentimiento indefinible os sobrecoje, semejante al que debió sobrecojer á los cruzados cuando por vez primera descubrieron Jerusalem, la cuna y el sepulcro de su Dios, entre los espegismos del desierto. Yo confieso que una emoción inexplicable se había apoderado de mí, y que una mezcla de asombro y de sentimiento religioso se unía en mi alma conmovida á la vista de aquellas costas, como si fuera un sueño magnético mi proximidad á esa Italia que tanto había deseado ver toda mi vida.

Pero inmediatamente que desembarcáis, veis la imposibilidad absoluta de que subsista aquel Estado pontificio inmóvil en medio del movimiento y del oleaje de las ideas. Subsistiría el Papa, ese jefe de la teocracia, en su serenidad absoluta, si estuviera circuido, como las pirámides hieráticas de Egipto, por las arenas del desierto. Pero cuando tantas ideas y tan grandes se encrespan tumultuosamente en torno suyo, el Papa no puede continuar ejerciendo un poder temporal que necesita para vivir, negar todos los principios humanos, todas las ideas científicas, y contrastar y detener el movimiento de la civilización moderna. En cuanto veis á Roma pontificia, os persuadís de que allí no puede entrar el rayo de la luz del día sin convertirse en el rayo de tempestad formidable. Es una de esas antiguas cúspides, medio alzadas en su gran quebrantamiento, sobre ruinas, y que atraen la tempestad con fuerza invencible. Legiones de aduaneros para impedir el libre-cambio de los humanos productos; legiones de censores para impedir la libre difusión de las humanas ideas; un ejército reclutado en todas partes,

pequeña Babel nómada, donde se confunden, como todas las lenguas, todas las supersticiones; los monges de rodillas melancólicamente sobre las ruinas como las hortigas ó la cicuta; el colegio de cardenales, aristocracia religiosa con el orgullo y sin la fuerza de los antiguos senadores romanos; el silencio del pensamiento interrumpido sólo por los pasos de los peregrinos que andan estáticos en torno de una tumba; el Papa-rey, sentado en su trono que quiere competir con el trono de Dios; infalible, inefable, sacratísimo, Papa cuasi-divino, persona nuevamente añadida á la Santísima Trinidad, con la creencia íntima de que su palabra es la palabra del cielo; especie de tirano, César y Pontífice, como sólo se encuentran en sombra, en recuerdo, en imagen allá entre los fragmentos destrozados de los templos y de los palacios del Asia.

Por eso todo el mundo creía en Italia á la sazón que el poder temporal de los Papas no podía durar, no podía subsistir sino lo que durase, lo que subsistiese la paz, y que al primer sonido de la guerra, al primer rompimiento, sacando Napoleon de allí sus tropas, no había más remedio que una desaparición completa, un completo desvanecimiento de esa sombra de la Edad Media.

Hallé, pues, muy viva entonces la preocupación por la guerra en Italia. Contábanme que el día antes de su partida para Génova, tuvo el Príncipe heredero de Prusia en Florencia una entrevista con Rattazzi, el cual, como sabéis, había caído del poder por sus simpatías á favor de prontas soluciones en la cuestión romana. El príncipe le alabó mucho llegando á compararle con Bismark, en lo cual anduvo un tanto exagerado. La habilidad política de los conservadores italianos quedó enterrada toda entera en el sepulcro de Cavour. El príncipe dijo que Prusia é Italia son dos aliadas naturales, idea muy racional. Pero que Italia se había equivocado poniendo la capital en Florencia cuando debía haber elegido á Nápoles antes de conseguir á Roma, llegando



á ser así lo más necesario para fortificar la unión de los dos pueblos, una grande potencia marítima. De todos modos, el príncipe habló de las contingencias del porvenir, asegurando que esperaba entonces encontrar á Rattazzi en el poder para coronar la obra tan felizmente comenzada, la obra de la unidad italiana. Esta conversacion, muy difundida en Italia, era una última flecha arrojada al corazon de Bonaparte.

Lo cierto es, que el Príncipe Napoleon, cuya habilidad diplomática he oido encarecer tantas veces á Emilio Girardin, no estuvo muy feliz ni en sus negociaciones con Prusia ni en sus negociaciones con Italia. Llevó por principal fin á Prusia comprometerla en una alianza anti-rusa y no lo consiguió. Llevaba por principal fin á Italia arreglar un *modus vivendi* en la cuestion romana, y tampoco lo consiguió. Víctor Manuel se negó explícitamente á todo trato que pudiera implicar un reconocimiento del poder temporal y una renuncia á la capitalidad en Roma. Contábase entonces ya, á principios de Mayo, cerca de treinta dias de fiestas en Italia con motivo del casamiento del príncipe heredero, y no llevaban traza de concluirse ni en otro mes. Comenzaron las de Turín, siguieron las de Florencia, vinieron despues las de Génova, y á fin de Mayo tocaba el turno á Nápoles, y luego á Venecia y á Milan. Ví el célebre torneo de Florencia y puedo decir que, á pesar de mi repugnancia á las fiestas reales y á las resurrecciones de la Edad Media, salí encantado. Sólo en Italia pueden darse estos espectáculos sin correr el peligro de que se conviertan en ridículos. Sólo en esa tierra donde el arte es casi un sacerdocio, hay gusto bastante para realzar con la belleza de la forma la puerilidad del fondo de estos espectáculos. Pero era de ver aquella gradería elíptica henchida por más de treinta mil espectadores; aquellas grecas de seda celeste rematadas por escudos rojos que coronaban todo el recinto; la espléndida decoración de los árboles, y la más espléndida

de las lejanas montañas envueltas en los vapores de la tarde, y la esplendísima del cielo tachonado de nubes enrojecidas por los rayos del sol poniente; y junto á tales encantos los inexplicables de aquel bellissimo coro de damas capaces de resucitar con el aroma de su aliento la muerta caballería, y con la luz de sus ojos las olvidadas justas y córtés de amor de otros tiempos; y en aquel momento de rápido remedo de pasados dias excitando con su mirar á los caballeros, que ya vestidos de rojo y negro con el Toison de oro al pecho, ya de seda amarilla y terciopelo morado dejando caer sobre la espalda blanca pluma á guisa de nobles aragoneses; ya de azul y blanco; ya de otros varios trajes recamados de oro, formaban cabalgando en hermosísimos corceles de bellissima estampa y rápido andar, vistosos pelotones, precedidos por sus portas-estandartes, acompañados por sus pajes, seguidos por los universales aplausos, las entusiastas exclamaciones, los ecos de los clarines y las armonías de las músicas; mientras al impulso de sus lanzas y de sus estoques, unas y otros esgrimidos en alegres juegos, se llenaban los aires de palomas y la tierra de ramos, formando todo aquel conjunto un cuadro que sólo sería posible pintar al que reuniera á los calientes toques de Claudio de Lorena, y á las atmósferas luminosas de Bartolomé Murillo, las figuras del Ticiano vestidas de infinitos colores por Pablo Veronés. Sin embargo, haeced aquello mismo en otra tierra, bajo otro cielo, y resultará ridículo.

Algunas observaciones personales pude hacer en aquellas fiestas. Lo hecho en Italia es poco si desde nuestro punto de vista radical se mira; lo hecho en Italia es mucho si se mira desde el punto de vista de la aristocracia y de los destronados príncipes que no dejan de tener y guardar recuerdos en sus antiguos estados. El pueblo está por la unidad. El pueblo comprende tarde una idea; pero cuando ya la ha comprendido, tiene mucho corazon para amarla y mucha sangre para defenderla.

Yo he visto al lazaroni de Nápoles grabar el busto de Garibaldi en la ardiente lava del Vesubio. Yo he oido á los pescadores del sublime é inolvidable golfo de Bayas; yo les he oido hacer votos al cielo, que convidaba á orar, por la unidad de Italia y por la capitalidad de Roma. Pero yo no creí que la aristocracia italiana fuese adicta á una monarquía nacida de un plebiscito. La he visto, sin embargo, rodear la casa de Saboya en todas estas fiestas con una adhesion, que me prueba cuán universalmente es amada ya en Italia la idea sagrada de la independencia de la pátria. Algún más talento político ha mostrado siempre la aristocracia italiana, que muestra la aristocracia polaca agradeciendo por boca de Czartorisky las concesiones de Austria. Cuando la herida es tan profunda como la herida de Polonia, no hay más que esta alternativa: ó la resurreccion á la libertad ó el silencio de la muerte.

¡Qué maravillosa nacion! La fantasía abulta siempre los objetos con los resplandores de sus creaciones; el corazon con los espegismos de sus deseos. Pues bien; la realidad ha excedido á la imaginacion y al deseo. No podeis figuraros lo que es Italia, con sus severos monumentos, con sus legiones de estatuas que realizan la belleza material en todo su esplendor, con esos cuadros de los cuales se destacan coros de figuras tan ideales como los ensueños de la poesía; con sus recuerdos que dilatan la vida por los pasados tiempos; con sus flores que os embriagan los sentidos y sus cantares que os embriagan el alma; con sus ruinas y sus esperanzas; con la ancianidad respetable de sus destrozadas columnas, de sus caidos arcos, de sus despedazados anfiteatros y la juventud eterna de su raza consagrada como la raza griega á cultivar las artes y á hermosear los dias de la humanidad; con las estrellas de sus claros cielos y los ojos que centellean bajo las largas y negras pestañas de sus mujeres, las cuales parecen nacidas como las musas, con la miel de la inspiracion

en esos sus rosados lábios, donde tomó Petrarca la singular dulzura de sus versos y Rafael la inmortal sonrisa de sus vírgenes.

Prescindiendo del objeto á que estaban consagradas, casi era imposible resistir á la tentacion de admirar en las fiestas tanto gusto, tanta elegancia, la sencillez severa unida á la riqueza, las decoraciones de las calles que se elevan á la region del arte, la magnificencia de los monumentos, sólidos como fortalezas, y cincelados como joyas. La noche de la iluminacion de Florencia creí soñar. Era necesario verlo todo; el cielo azul, las estrellas que centelleaban; la luna creciente en el horizonte esparciendo por las alturas una gasa de plata; las colinas cercanas, cuya vegetacion se dibujaba en sombras dulces é inciertas como el crepúsculo; los edificios cuajados de guirnaldas de luces tomando una forma aérea; las altas torres, de tal manera iluminadas, que parecian de trasparente ámbar; las líneas de fuego, enroscándose como fantásticas serpientes en las líneas de la arquitectura; las dos orillas del Arno, cuajadas de millones de luminarias, cuyos caprichosos dibujos repetian, duplicaban las aguas, que se semejabán á un rio de luz, la via láctea caída sobre la tierra, y rodeada de monumentos de cristal, de castillos labrados en piedras preciosas, segun resplandecian con todos los cambiantes del iris, con todas las chispas de las refracciones diamantinas; en tanto que las barcas, como fantásticas sombras que llevarán una estrella celeste en la frente, se deslizaban sobre las aguas, llenando con los acordes de varias músicas aquellos espacios, que parecian pertenecer á otro planeta, donde pudieran realizarse fácilmente por mágicas artes ó por manos de misteriosas hadas, los más bellos ensueños de los poetas. Ignoro si el porvenir corresponderá á las esperanzas que aquella noche manifestaban los italianos. Un secreto presentimiento me decia que aquellos festejados príncipes acaso no se asentarán en el trono de Italia.